

ct

Nana de la costura

de
Antonio Miguel Morales

(fragmento)

1. Patrón: símbolo que hace referencia a una medida anteriormente descifrada.

*Un taller de costura vacío, en penumbra.
Entra Pepita. Tiene prendido al delantal un alfiletero en forma de corazón. Canta una nana mientras va disponiendo sobre el encerado un par de maniquíes y un par de sillas.
Uno de los maniquíes tiene ropa militar.
Grita.*

¡Nala!
¡Nala!
¿Dónde te ha metido, Nala?
Ya sé.
Lo que tú quieres es oírme cantar.

Canta.

A la nana nanita nanita ea,
que el coco está cerquita aunque no lo veas.
A la nana nanita nanita nana,
que te ronda de noche tras la ventana.

Porque si viene el coco
por los caminos
por defender tu sueño
pierdo yo el mío.

Que si viniera el coco
por el sendero
por cuidarte juntara
tierra con cielo.

A la nana nanita nanita ea,
que el coco está cerquita aunque no lo veas.
A la nana nanita nanita nana,
que te ronda de noche tras la ventana.

Escribe en papel de patrón.

¡Nala!
¡Nala!
No he perdido la costumbre de escribir sobre papel de seda. Manías que tiene una. O más bien traumas. Sí, yo creo que es un trauma inducido por ti (*al militar*). El día que quemaste mis poemas ni siquiera lloré. No te di el gusto de que me vieras llorar. Sabía que con ellos gran parte de mi vida

se quemaba.

Y tú también lo sabías, por eso lo hiciste.

No sé cómo pude soportarlo. Desde entonces siempre escribo sobre papel de seda y aquí, en el Taller, nunca en casa. Incluso ahora que ya no estás y no puedes descubrirme. Incluso ahora. Se ha convertido en un rito.

¿Verdad, Nala?

Diseño vestidos y escribo sobre el mismo patrón. Porque cada vestido tiene su propia historia. Y la costura es como la escritura: las dos sirven para unir pedazos.

(...)

3. Hilos de tela o líneas de aplome.

1

Se acerca al maniquí y cose una tira de lentejuelas.

Un hilo en apariencia tiene una consistencia insignificante.

Un hilo no pesa.

Un hilo no hace sombra.

Un hilo ni hace surco, ni araña, ni obstruye, ni encadena, ni amordaza.

A un hilo lo puedes romper sin apenas esfuerzo.

Pero más te vale que nunca te digan que tu vida pende de un hilo.

2

A la aguja buen hilo y a la mujer buen marido.

A la aguja buen hilo y a la mujer buen marido.

Y lo peor de todo es que eras buen marido ante los ojos de todos.

El uniforme os hace grandes.

Y a algunos os viene grande. Por más que yo te lo tuviese entalladito.

Parece mentira, pero al principio fue el hilo rojo el que nos unió. El hilo rojo. Me sorprendiste cosiendo con hilo rojo y fui víctima propicia para que me contases la historia. Fue una tarde en casa de mis padres: la segunda vez que te vi en mi vida. Yo estaba esperándote con mariposas en la barriga.

– ¿Conoces la leyenda del hilo rojo?

Yo seguí cosiendo. Me hacía la interesante porque no sabía de qué me hablabas y no quería parecer una ignorante. Entonces me la contaste. La stampa era bonita. Yo bordaba con hilo rojo y tú me hablabas con palabras que te hacían parecer hermoso por dentro. Por fuera lo eras.

Y mucho.

Tanto que dabas asco.

Bueno, lo del asco vino luego, cuando las caretas se cayeron al suelo. Pero cuando me contaste la leyenda del hilo rojo yo me quedé prendada. Más de lo que estaba.

- ¿Conoces la leyenda del hilo rojo?

Yo me quedé callada. Bueno. Eso ya lo sabes. Y entonces seguiste contando: las personas con un destino común están unidas por un hilo rojo invisible. (Y tan invisible). Ese hilo no se rompe jamás, por más tiempo o distancia que separe a los amantes (por los cojones). Y yo estoy seguro de que ese hilo rojo es el que tú tienes ahora mismo en las manos. (El carrete se me cayó al suelo, me agaché a recogerlo y desde abajo tu porte militar ensombreció mi gesto.) Ese hilo rojo nos ha estado buscando toda la vida. Ese hilo rojo es nuestro destino.

Pero qué pedante eras.

Y yo qué tonta, pero qué tonta.

Una niña con ansias de conocer al hombre que el destino le había preparado para volar.

Una joven que soñaba con un hilo rojo que no se rompiese nunca.

Nunca.

Hace como que vuela una cometa.

Échale hilo a la cometa.

Échale hilo a la cometa.

Imaginaba que volaba desde tus manos grandes, tan grandes como el espejismo que las ungía de amabilidad.

Deseaba que aquellas manos recorrieran mi cuerpo como si arasen los surcos de la tierra.

Échale hilo a la cometa.

Échale hilo a la cometa.

Deseaba volar de tu mano, vivir de tu aliento, protegerme en tu sombra, amarrarme a ti.

Échale hilo.

Pausa. Se para bruscamente.

Por donde pasan la agujas pasa el hilo.

Y el tiempo de las agujas aún no había llegado.

Pero por donde pasan las agujas pasa el hilo.

Y cuando llega el tiempo de las agujas, da igual el color del hilo con el que las enhebres.

Da igual lo alto que vuelen las cometas.

Pausa larga.

Que me lo digan a mí.

4. Dos cuerpos

Un patrón, otro patrón, otro patrón.

El deseo es como el patrón de un vestido: un camino que se traza sobre papel de seda.

Nuestra vida era un patrón de dos cuerpos.

Al principio.

Un patrón de dos cuerpos.

Solamente dos.

Entonces todo daba igual. No es que a mí me diese todo igual. Eso lo sé ahora. Ahora que lo veo con distancia, sé que el fracaso daba igual, porque era el precio que debía pagar para conseguir mis alas.

La aventura de fracasar está muy poco valorada.

Yo salí de casa para una cosa y me encontré con otra que no podía ni tan siquiera imaginarme.

Mi huida fue para meterme en la boca del lobo.

Y no eran solo los dientes, no.

Del lobo comenzaron a darme miedo otras cosas.

Se dirige al maniquí.

Tu actitud de cordero.

Tu imagen de marido perfecto.

Tu aliento en la nuca.

Tus garras en mi cintura.

El escenario de normalidad que supiste dibujar de puertas a fuera.

Jugaste a disfrazarte con piel de cordero, y yo caí en la trampa.

En tu trampa.

Líbreme Dios de las aguas mansas. Pero qué iba a saber yo.

Le da la espalda al maniquí.

Me casé por daros el gusto a todos. Porque yo era de las de misa los domingos, pero obligada. Pero que muy obligada.

Era intolerante a los sulfitos, al gluten, a los ácaros, a las ostras y a los curas.

Y en las iglesias hay sulfitos en el vino, gluten en las hostias, por muy consagradas que estén, ácaros en los santos y curas por todos lados. Incluso ostras hay en las iglesias. Que yo he visto a una imagen de la virgen salir de una ostra enorme. Pero aún así, me casé por la iglesia por daros el gusto y por salir de una casa que me asfixiaba, que me oprimía, que olía a humedad... y yo a la humedad también soy intolerante.

Me gustan las casas ventiladas.

Abre las cortinas del taller y la luz lo inunda todo.

Los papeles del patrón de un vestido vuelan, y el suelo se cubre de presagios.

La Mari riega algunas macetas y cambia el agua de la jaula de un canario.

Cuando acaba, coloca tiras de lentejuelas sobre uno de los maniqués.

El otro maniquí, vestido con ropa militar, queda oscurecido ante tanto brillo.

Todavía me pregunto cómo aguanté tanto.

Creo que me daba lo mismo porque éramos dos.

Quiero decir que me daba lo mismo cuando éramos dos.

No había otra historia. En aquella mujer me había convertido.

Consagrada al hombre y a su santa voluntad.

Y no me equivoco.

En aquella mujer me había convertido huyendo de otra mujer que tampoco era yo. Cuánto zig-zag en esta vida.

Cuánta soledad de puertas adentro.
Cuánta mentira en los recovecos de la apariencia.
No creo que fuera un precio que hubiera que pagar.
Más bien fue el precio que yo tuve que pagar por mi torpeza.
Por mi falta de valor.
Es cierto que vivía anulada, no solo por ti sino también por la falsa imagen que yo tenía de mí misma.
Me veía una mujer gris, y no me daba cuenta de que era tu sombra la que me palidecía.
Me veía una mujer triste, y no me daba cuenta de las ganas de cantar que me entraban cuando tú no estabas.
Me veía una mujer sola, y comenzaron a volar ángeles a mi alrededor.
De eso sí me di cuenta.
Primero llegó nuestro hijo.
Después llegó aquella mujer, alegre como un cascabel, que apareció de casualidad para poner mi mundo patas arriba.

Pausa.

En aquella mujer me había convertido para llegar a ser la mujer que hoy soy.
Pero cierto es que algunos de los pasos que di me los podía haber ahorrado.

Se mira al espejo, se mira a los ojos.

Gilipollas.
¡Gilipollas!
Pero tu hijo llegó.

Se separa del espejo.

Lo parí. Abrió los ojos y con los suyos me abrió los míos.
El mambo ya se bailaba entre tres.

*Suena un mambo y baila.
Se dirige al maniquí vestido con ropa militar.*

Y tú ya no puedes bailar conmigo.